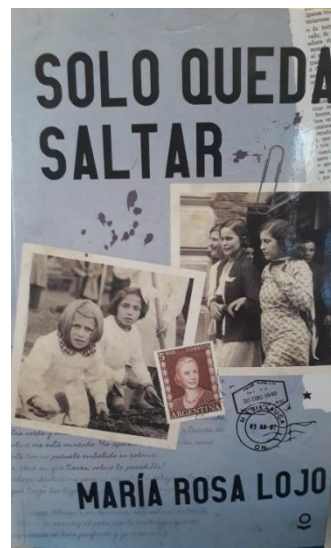


Moya, M. (junio, 2020). “‘Todo viaja conmigo’: reseña de *Solo queda saltar* de María Rosa Lojo”. En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 10 (5), pp. 258- 263.

María Rosa Lojo
Solo queda saltar
Buenos Aires
Santillana
2018
150 páginas



‘Todo viaja conmigo’: reseña de *Solo queda saltar*
de María Rosa Lojo

Micaela Moya¹

Solo queda saltar es la primera novela destinada al público infantojuvenil de María Rosa Lojo (Buenos Aires, 1954). En ella, a través de la historia de Celia e Isolina, dos personajes contruidos de manera sólida que dudan, temen y mutan a lo largo de la trama, la autora nos invita a repensar nociones como memoria, identidad y resiliencia. La novela nos enfrenta con dos hermanas que deben dejar su tierra natal, Finisterre, a causa del franquismo y crecen en Argentina, un país que no es el propio.

La novela está dividida en dos grandes secciones: la primera parte es el cuaderno de Celia, fechado en 1948. Luego, nos encontramos con el cuaderno de Isolina, la

¹ Estudiante de la Maestría en Literatura española y estudios literarios en relación con las artes en la Universidad de Valladolid. Becaria del Programa Santander Iberoamérica/Asia 2019/2020. Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina. Miembro del grupo de investigación Semiótica del discurso (UNMDP). Correo electrónico: m.moya@live.com.ar

hermana menor de Celia, que escribe en el 2018, año que coincide con la publicación de la novela de Lojo. Sin perder nunca el intimismo propio de un cuaderno de notas o casi un diario íntimo, Lojo alcanza, en ciertos pasajes, un tono que roza lo poético.

En la primera parte de la novela, se narra la llegada de Celia e Isolina a la Argentina en el contexto de la posguerra española. Escapando del franquismo y luego de perder a sus padres y a su abuela, las hermanas deciden viajar a ese país en el que las espera su tío Juan, un completo desconocido para estas dos niñas, con quien comenzarán una nueva vida, lejos de su Galicia natal. Narrada desde la perspectiva de una adolescente que se ha tenido que convertir en adulta de pronto, por las circunstancias trágicas que rodean su vida, y que se empeña en proteger a su hermana menor, la primera parte de *Solo queda saltar* bucea en una subjetividad en construcción, que busca su lugar en un sitio al que inicialmente no pertenece. Lleno de silencios y tragedias que van develándose con el correr de las páginas, de miedos, amores y sorpresas, el cuaderno de Celia nos enfrenta de lleno con la imagen del exilio: la de Celia es una vida en constante vaivén entre lo que perdió al dejar España y las oportunidades que le abre Argentina, el mundo nuevo al que acaba de llegar. En esta sección conocemos a varios de los personajes que van a acompañar a estas hermanas en su tránsito a una vida nueva: el tío Juan, Trinidad, Braulio, Carmen Brey y su marido, Isidra e Ignacia y Gustavo. Todos estos personajes tienen una historia que contar y serán las hermanas quienes la registren.

Si decíamos al comienzo que la memoria era una de las nociones centrales de la novela, es a través de la escritura que esta cobra vida. Es innegable que, tanto para Celia como para Isolina, la escritura juega un rol fundamental. Todo lo que dejaron, los que no están, lo que añoran, lo que temen y desean, las vivencias en un mundo nuevo se vuelven cuerpo en sus cuadernos. Registrar es el antídoto contra el olvido. Al comienzo del cuaderno de Celia, ella cita las palabras de su padre: “<<Escríbelo. Regístralo. Apúntalo. Nadie sabe que dentro de un bloque de mármol hay escondido un cuerpo, una cara, unos ojos que miran los tuyos, hasta que los descubre un escultor. Así es con lo que sientes, con lo que piensas, cuando lo ves escrito>>” (p 11). Esta será la premisa con la que la protagonista llevará adelante su narración que, años después, completará y continuará su hermana Isolina quien, ya en la vejez, decide finalmente volver a ese

pueblo que abandonaron de niñas: Finisterre. Las dos orillas se completan, el viaje cierra su círculo con la vuelta de Isolina.

Pero también esta concepción de la escritura como resguardo de la memoria subyace en la construcción de la misma novela. En *Solo queda saltar* resuenan algunos ecos de las vivencias familiares de la autora. Tal como declara Lojo cuando le preguntan por la novela en una entrevista para el sitio “Caminos culturales”: “La motivación tiene que ver directamente con la historia de mi familia, ya que mis padres salieron de España en esa época, dejando una patria amada, pero donde ya no podían ni querían estar”. Escribir esta historia es, entonces, una manera de recuperar esa serie de vivencias familiares, de poner en escena un exilio que marcó a generaciones enteras de españoles y que no debe olvidarse. La novela de la argentina bien podría inscribirse en una extensa serie de textos producidos en España a partir de la posguerra y sobre todo a partir de la muerte de Franco que buscan recuperar los sucesos de la guerra civil y la dictadura franquista a partir de historias personales, individuales, de ciudadanos comunes. La literatura ha sido, en este sentido, fundamental para mantener viva la memoria y sin dudas, *Solo queda saltar* podría inscribirse en esta línea.

Sin embargo, la novela no sólo refleja la tragedia asociada a los años de guerra civil española y franquismo, asistimos también a numerosas referencias a la historia argentina. Contemporáneo a la primera presidencia de Juan Domingo Perón, el cuaderno de Celia realiza numerosas menciones al peronismo y sobre todo a la figura de Eva Duarte que reaparece en distintos momentos de la trama (incluso se la puede ver en el diseño de la cubierta del libro de Lojo). Pero también se narran hechos previos que vuelven a través de la voz y de las vivencias de distintos personajes como los sucesos de la Patagonia rebelde, ocurridos durante la presidencia de Yrigoyen o las secuelas de las Conquista al desierto de Roca. En la segunda parte de la novela, el cuaderno de Isolina sobrevolará los años comprendidos entre la escritura del cuaderno de Celia y la actualidad. Allí, la menor de las hermanas, ya anciana al momento de la escritura, llenará los huecos que dejó el cuaderno de Celia, ahondando en hechos que habían quedado sin explicación y repasando qué fue de cada uno de los personajes que habíamos conocido en la primera parte. La historia también tiene un lugar preponderante en esta segunda sección. Isolina hace mención a una gran cantidad de hechos de la historia mundial pero se centra en la de Argentina: aborda el peronismo y especialmente, la

figura de Eva pero sobre todo hace foco en un período oscuro de la historia argentina que, otra vez, va a marcar la vida de esta familia: la última dictadura cívico- militar (1976-1983).

La novela, entonces, se construye alrededor de una serie de sucesos históricos que no actúan como mero telón de fondo, sino que influyen y marcan las trayectorias vitales de los personajes. En numerosas ocasiones, los hechos históricos impactan de manera negativa en sus vidas aunque siempre logran, frente a estos u otros conflictos que se les presentan, sobreponerse y continuar. Lojo logra enlazar sucesos relevantes de la historia de España y Argentina a través de Celia e Isolina. Ninguna de estas relaciones parece forzada, todo tiene sentido y lógica en la trama de *Solo queda saltar*. Si reparamos en que esta novela está publicada en la colección *Loqueleo* de Santillana, proyecto dedicado a la Literatura infantil y juvenil, esto resulta particularmente productivo porque permite a los lectores la revisión de la historia desde la literatura. El trabajo en el aula con la novela podría otorgar excelentes resultados en este aspecto ya que el texto sería, entonces, un puente que conecte a los estudiantes con sucesos históricos que serían resemantizados a partir de las vivencias de los personajes.

Otra cuestión que tiene, en este sentido, un gran potencial en el texto es el abordaje de una serie de problemáticas que atraviesan a los distintos personajes de la novela, pero que también cruzan y preocupan a la sociedad actual: violencia de género, bullying, racismo y abuso infantil son algunos de los temas que sobrevuela la novela de Lojo. El tratamiento de los mismos resulta impecable, porque es, a la vez, profundo y sutil. Al ser abordado en todos los casos desde la subjetividad de estos personajes en construcción, en su mayoría niños o adolescentes, el lector empatiza fácilmente con el padecimiento que ellos atraviesan. El texto propone acertadamente una visión crítica a todas las formas de violencia que se evidencia en los contrapuntos que se producen entre los distintos personajes. Por citar sólo un ejemplo, cuando el personaje de Ignacia cuenta el intento de abuso por parte de Goyo, Gustavo responde: “Nunca fue tu culpa. Hay un solo culpable y no sos vos” (p 115). Si pensamos nuevamente en el público al que está destinada la novela, el abordaje de estos temas que nos atraviesan como sociedad, que pensamos y cuestionamos todos los días, se produce de una manera excelente que invita a estos lectores modelo (en términos de Eco) que transitan la adolescencia, etapa esencial en la construcción de la subjetividad y del pensamiento crítico, a ponerse en los

zapatos de alguien que atraviesa estas situaciones dolorosas, a cuestionarse y reflexionar sobre estas temáticas. Resulta interesante pensar en el debate que pudiera fomentarse en un aula de secundario la lectura de la novela en este sentido y cómo podría utilizarse como trampolín para hablar de aspectos que, sin dudas, nos preocupan a todos.

Pero, más allá de que hay ciertas aristas que vuelven a la novela rica para el trabajo en el aula de secundario, *Solo queda saltar* trasciende los límites de la literatura infantojuvenil. Porque, al fin y cabo, los problemas que se plantean permiten que un lector de cualquier edad empatice con ellos. Como decíamos al principio, la novela aborda sobre todo la resiliencia de estos personajes, capaces de sobreponerse a todo, de seguir a pesar de las circunstancias adversas y de “saltar” cuando no queda otro remedio; la memoria como resguardo de un pasado que no debe ni puede olvidarse y la identidad. Respecto a este último punto, la novela nos invita a pensar sobre quiénes y de dónde somos, preguntas que se repiten en los cuadernos de estas hermanas, que no son ni de aquí ni allá, como diría Jorge Drexler son “de ningún lado del todo y de todos lados un poco”. Porque Isolina y Celia tienen en su esencia las dos orillas, como dice la menor de las hermanas en el final de su cuaderno: “Yo soy el vaivén. Cuando me voy, nada dejo, porque todo viaja conmigo. Soy la casa sin anclas, soy mi propia barca que cruza los abismos llevando la memoria de todas las orillas” (p 149). La novela de María Rosa Lojo nos invita, entonces, a (re)pensar aspectos que conciernen a nuestra esencia como seres humanos.

Referencias bibliográficas

Eco, U. (1987). *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.

Ortiz, P. (2019). "Solo queda saltar, la historia de dos hermanas que huyeron de la España franquista" (entrevista a María Rosa Lojo). Recuperado de: <https://www.caminosculturales.com.ar/solo-queda-saltar-la-historia-de-dos-hermanas-que-huyeron-de-la-espana-franquista/> (fecha de consulta: 27/02/2020)

Mugica, F. (junio, 2020). "La consistencia de los sueños. Reseña de La noche de las cosas de Laura Escudero Tobler". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 10 (5), pp. 264- 268.

Laura Escudero Tobler

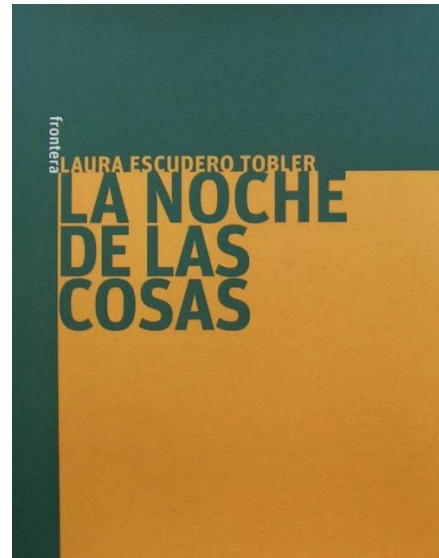
La noche de las cosas

Bogotá

Babel Libros

2017

158 páginas



La consistencia de los sueños. Reseña de La noche de las cosas de
Laura Escudero Tobler

Fernanda Mugica¹

Ritos de paso: así se llaman en el folklore las ceremonias que aparecen unidas a la muerte, el nacimiento, la boda o la transición a la pubertad. En la vida moderna, todas estas distintas transiciones se nos han hecho, progresivamente, menos reconocibles y vividas. Nos hemos vuelto pobres en las experiencias del umbral. Penetrar en el sueño es quizá la única que hoy queda –mas, con ello, también el despertar.

Walter Benjamin

La noche de las cosas es una novela de Laura Escudero Tobler que la editorial colombiana Babel publicó en su colección Frontera en 2017. Se trata de la historia de Pedro, un joven

¹ Fernanda Mugica es profesora de Letras y Becaria de Investigación de Tipo A por la UNMdP. Integra el grupo de investigación "Literatura, política y cambio" dirigido por el Dr. Edgardo H. Berg. Se desempeña como docente en escuelas secundarias. Correo electrónico: fernanda.mugica@gmail.com

de catorce años que vive con su abuela en Ciénaga del Quebrachal, un pueblo partido a la mitad por las vías, siempre amenazado por la sequía, el polvo, el sopor del viento, pero también habitado por las higueras dulces, el canto de las chicharras y el perfume de los jazmines. Sería fácil afirmar que a medida que los capítulos se suceden Pedro va descubriendo su historia. Él parte de lo que conoce: una abuela –la Pacha– que entra en un sueño profundo y no sabe despertar –hay que ir a buscarla–, una madre que un día se fue y no regresó –desearía buscarla también– y un padre que apenas se menciona. Sin embargo, la pregunta que deja abierta esta novela es la de cuándo comienzan las cosas. Ni bien Pedro se adentra en los relatos de su familia, toma consciencia de estar buceando en un terreno pantanoso que siempre empezó antes, en un tiempo siempre anterior. ¿Cuándo comienza un abandono? Habría que remontarse, pero ¿hasta cuándo?

Ciénaga del Quebrachal es un pueblo donde los hombres no se quedan, se evaporan antes de que Pedro pueda encontrarlos, pasan como un viento venenoso por la vida de su abuela: “Y algo que había empezado mucho antes, cuando se fueron el padre y los hermanos (...), eso mismo que había dejado a su madre como un olvido se le vino a la Pacha *todo junto*” (Escudero Tobler, 2017, p. 127). Si después de leer nos queda la sensación de que en la historia siempre se puede ir un poco más atrás, de que siempre se puede entrar un poco más en la noche de las cosas, ¿cómo hacer para que ese bloque de oscuridad no recaiga doloroso sobre nosotros, *todo junto*? La abuela de Pedro enloquece de amor, deja el trabajo y se hunde monte adentro: “Como si de golpe le cayera la ausencia. Lo que se va, lo que se pierde, lo que no vuelve para la Pacha fue insoportable” (p. 127). Ningún libro arroja respuestas definitivas, pero en *La noche de las cosas* algo del orden del alivio cobra consistencia a modo de posible respuesta, a mitad de camino entre la palabra y el trabajo del sueño. Hay que bucear muy profundo y armar un relato, parece decir cada capítulo, para no hundirse en la sequía, para no volverse una planta espinosa como alguna vez le pasó a la Pacha.

Si Pedro no se hunde en la noche de las cosas es porque hay voces, porque hay palabras. Todos necesitamos que nos cuenten historias –nuestra historia. En la escritura de Escudero Tobler, las palabras llevan a otros sitios, acompañan, son modos de apaciguar, son puntos de anclaje. Por eso Jacinta, la mujer que conecta a los vivos con los muertos, decide apartarse de las conversaciones mundanas, para dejar que otras

voces la encuentren. Tiene el don de la escucha. Pedro no se hunde en la noche de las cosas porque hay gestos, porque hay quienes saben –como don Mariano– “leer en la inquietud de los demás” (2017, p. 136). Doña Elodia le acerca un plato de comida, Jacinta y Marisol preparan el brebaje que le permitirá entrar al sueño. Entre ralladura de raíces y carozos, plantas de hojas aromáticas, yerbabuena, perfume de cardos, tienen el don de la ternura. Del otro lado, ese brebaje hace que a Pabla –hermana-madre de la Pacha– se le haga “un regusto entre las palabras” (p. 53) y comience a hablar. Es *entre* las palabras, en ese resabio que van dejando, que Pedro reconstruye su historia, en las voces de Pabla, de Amadeo, de Zulaika. No hay un solo relato, tampoco está hecho solo de palabras, sino de afectos: de materias sensibles –las de los sueños– que cobran forma y crean su propia superficie de inscripción.

¿Qué separan las vías de Ciénaga del Quebrachal? ¿El día y la noche? ¿A Los vivos de los muertos? ¿A los que se fueron de los que se quedaron? En este relato ajeno al tiempo, todo parece ocurrir en un umbral, en una zona límite en la que no operan ciertas distinciones. Pedro reconstruye su historia “en ese borde en el que no está dormido ni despierto” (Escudero Tobler, 2017, p. 75), “entre el sueño y la vida, a solas, parado justo en esa mitad” (p. 38). Cuando su abuela se duerme, lo que lo agobia es “la circunstancia de un cuerpo que está pero parece que no” (p. 45), “¿Está o no está? ¿Cómo está? ¿Ese sueño es cosa de este mundo?” (p. 66). Y así comienza a vivir entre dos preocupaciones: “que la Pacha se despierte y que nunca se vuelva a despertar” (p. 47). También en una zona límite –entre la literatura juvenil y la de adulto– puede pensar la novela en sí misma. En diálogo con otras creaciones de la autora, esta zona límite se extiende también a la poesía: en un viaje iniciático por la propia historia, pero también por las palabras y por sus sonidos.

Escudero Tobler construye un mundo de spectralidades: el de “los que no están pero permanecen desde la noche del otro lado del sueño” (p. 151). Lo singular es que Pedro no es asediado por esos espectros, sino que va a buscarlos. Ellos lo esperan. Como Juan Preciado, dialoga con los muertos para comprender su propia historia. Si la visión derrideana del espectro opera en contraste con la ontología tradicional, en la que el ser es idéntico a sí mismo, podemos pensar con Mark Fisher (2018) a los espectros en la agencia de lo virtual: el espectro “no como algo sobrenatural, sino como aquello que actúa sin existir (físicamente)” (p. 44) En el mundo de ausencias de Pedro, se abre un

espacio para que los muertos se presenten, aunque desde otro tiempo, de forma diferida, en el sueño. (“Porque aquí, en la noche, la familia no es tan pequeña” (Escudero Tobler, 2017, p. 134)). Los muertos no explican ni dan sentido: afirman la presencia de algo otro, desconocido, y quizás incluso imposible de comprenderse. Sólo a partir de allí, y en el Epílogo, parece habilitarse un espacio para que Pedro construya su propia vida. (“...él se queda. Elige quedarse. (...) Ciénaga es su lugar” (p. 158)). Deja ir a su abuela, deja de vivir rodeado de ausencias y desapariciones, porque “A veces hay que dejar que los que quieren irse, se vayan” (p. 154). Entonces, su madre –viva– también deja de ser un fantasma, sabe ahora que puede ir a visitarla, ir y volver, sin necesidad de abandonar ni abandonarse.

El de Pedro en esta ficción es un espacio de vida que se sugiere, se proyecta apenas, como un relato abierto a los días por venir, de los que nada se sabe, en ese asunto que “ocupa su cabeza y que le encanta” (Escudero Tobler, 2017, p. 79): Marisol. “Y cada cosa del mundo lo lleva al mismo motivo. Un insecto, una planta, la forma de una nube; todo al mismo sitio, enorme y nuevo, como una casa donde se quiere quedar” (p. 79). En *La noche de las cosas*, Escudero Tobler sólo habilita espacios para encarnar la ausencia, también da lugar a encuentros y reconocimientos, a presencias amables. Hay en su escritura algo propio del modo de ser de los sueños, un absorbimiento que, podríamos pensar con Benjamin, cuando recurre a la arquitectura para hablar del cine, no puede focalizarse ni contemplarse, sólo habitarse. Un espacio en el que “Todo sucede sin anticipo (...) Todo viene y se instala de pronto. No hay modo de estar al acecho, es entregarse a lo que sucede” (p. 134) Y es ahí donde Pedro siente alegría, igual que cuando vuelve a encontrar a su abuela: “es la felicidad de escucharla y al mismo tiempo la certeza de lo que escapa, la precariedad de ese momento que puede terminar enseguida, que tiene la consistencia de un sueño” (p. 146). En la escritura de Escudero Tobler, en contraste con lo que sucede en *Pedro Páramo*, los murmullos no llevan a la muerte sino a la vida. Por eso Jacinta pide “que se entregue al sueño y que espere”, porque “todo va a acontecer en el mismo instante en que ocurra” (p. 84). No es el tiempo “fuera de quicio” de los espectros, corrido hacia adelante o hacia atrás: es el tiempo del ahora y de la vida, de las emanaciones verdes, lumínicas, de mil luciérnagas suspendidas en el aire en la noche de las cosas.

Referencias bibliográficas

Benjamin, W. (2005). *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal.

Escudero Tobler, L. (2017). *La noche de las cosas*. Bogotá: Babel Libros.

Rulfo, J. (2009). *Pedro Páramo*. Buenos Aires: Booket.

Fisher, M. (2018). *Los fantasmas de mi vida*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.